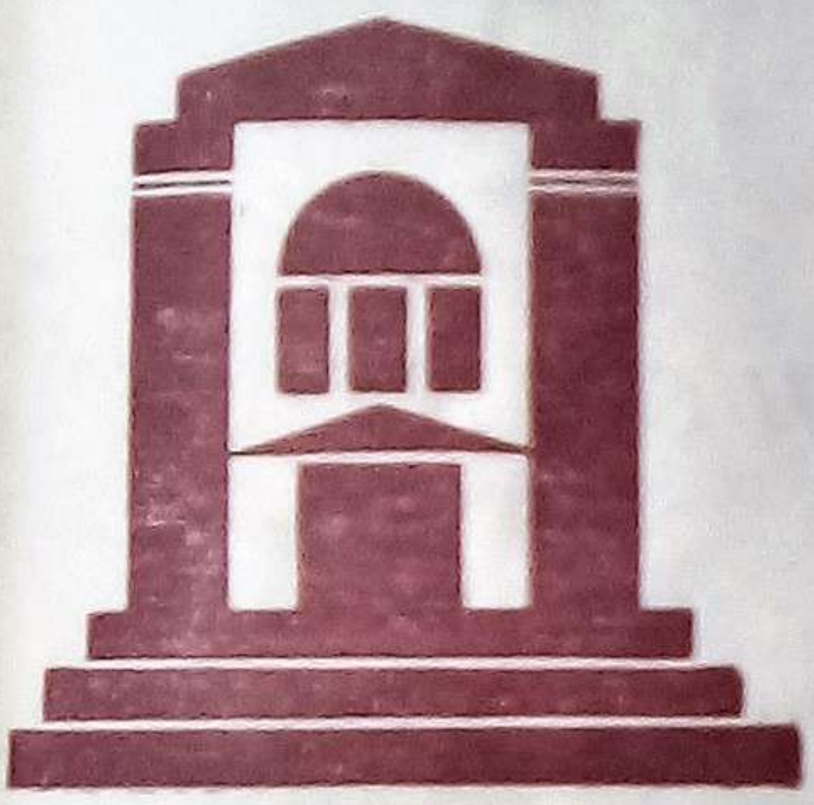
U (444-17)

Cuadernos Internacionales

Organo Semanal de Informaciones de la Economía Mundial



N.º 12

ORGANIZACION Y Constructores de Rusia

POR

PIERRE DOMINIQUE

NACIONAL

Precio: 60 Centavos

Próximo Número

CUADERNO N.º 13

"La Revolución China"

POR

CHEN FOU-CHOEN

"Con este Cuaderno iniciamos el estudio de la Revolución China. ——— Para describir en toda su amplitud un fenómeno tan considerable se necesitarían varios volúmenes; hemos debido limitarnos a exponer los rasgos más importantes de su historia".

"La China revolucionaria como la Rusia comunista y la Italia fascista, tiene fórmulas nuevas apenas puestas en práctica, es aun un laboratorio sociológico".

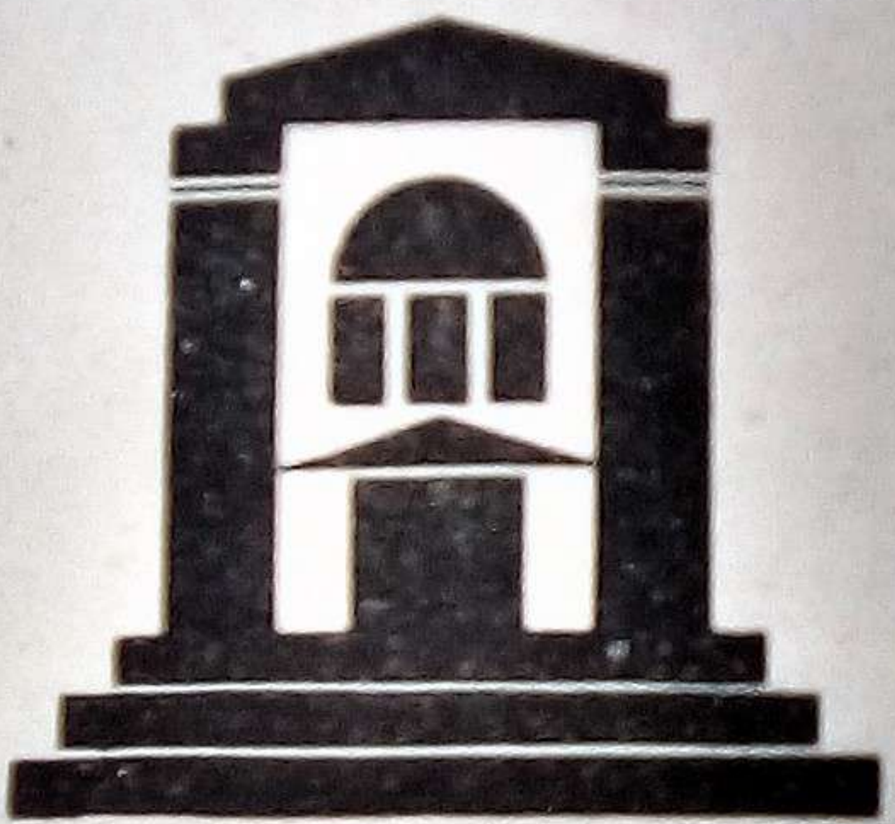
Próximamente informaremos sobre los principios y métodos de esta revolución.

CUADERNOS INTERNACIONALES

Organo Semanal de Informaciones de la Economia Mundial

APARECE LOS VIERNES

N.º 12



ORGANIZACION Y CONSTRUCTORES DE RUSIA

por

Pierre Dominique

Editorial **Problemas**

Administración: Gregorio Guerra.—Casilla 2469, Santiago.

6 de Noviembre de 1931

ENVIOS A PROVINCIAS.—

Elevamos en $ 0.20 el precio de los Cuadernos que se envíen a provincias.

Adoptamos esta medida por recargo de estampillas.

REIMPRESIONES.—

Apareció la tercera edición del Cuaderno N.° 1, "Stalin y el Régimen Capitalista", por Georges Valois, elemento destacado del movimiento sindicalista de los intelectuales franceses.

Tenemos en prensa la segunda edición del cuaderno N.° 2, "La Querella de las Generaciones". Aparecerá la próxima semana (10 de Noviembre).

CORRESPONDENCIA.—

Hemos tenido extravíos de cartas. Si Ud. no tiene respuesta, le rogamos se sirva escribirnos la confirmación.

Todas nuestras cartas son contestadas.

BIBLIOTECA NACIONAL · CHILE

ORGANIZACION Y CONSTRUCTORES DE RUSIA

por PIERRE DOMINIQUE

VERDADERA FEDERACION INTERNACIONAL

No me jacto de haber dado la vuelta a Rusia. Diez mil kilómetros es poco para un país que ocupa un territorio de 21.200,000 kilómetros cuadrados, es decir, cuarenta veces más grande que Francia, territorio cuya amplitud sólo sobrepasa el imperio inglés, pero que tiene la enorme ventaja de ser de un solo poseyente.

He visto de paso la Rusia blanca. Aquí Moscú y el corazón de Rusia. Al sur de Kazán encontraré la República Tártara; un poco más abajo, descendiendo por el Volga, la República de los alemanes; más al sur, la de Georgia. Me volveré para encontrar la República de Crimea, tártara también en parte. Intentaré estudiar finalmente la República de Ukrania. Todo esto basta, de seguro, para darme una idea del sistema federal organizado aquí; pero cuando me dicen en seguida que se cuentan doscientas nacionalidades en el territorio de la Unión y treinta y seis repúblicas o territorios autónomos, tengo derecho a quedar atónito.

*
* *

Un buen método para darse cuenta de esta enorme diversidad, hoy traducida, claro es, al plano político, consiste en ir, después de haber hecho el viaje por Rusia, aún algo largo que sea, al Museo Etnográfico de Leningrado, perfectamente puesto a punto por los Soviets. Allí hay un admirable resumen de todos los trajes y de todos los rostros. El amarillo se mezcla con el rojo, el mongol con el caucásico; es una desbandada de razas, una revista de tipos que va del persa al lapón, del coreano al moldavo; se adivinan las galopadas a través de las estepas, las huídas desesperadas a través de los bosques, los choques y los contrachoques en un país que siempre estuvo harto mal poblado para que en él se produjese lo que tan magníficamente se ha producido en Francia: una variedad de hombres señalada de caracteres nuevos y particulares. Cada uno de estos pueblos ha permanecido, al contrario, casi idéntico a sí mismo: se han petrificado en sus lenguas, en sus vestidos, en sus costumbres y han vivido yuxtapuestos, hostiles a veces, a veces amigos, hasta formar esta torre de Babel que era la Rusia de los zares y que "voluntariamente" sigue siendo la Rusia de los Soviets.

Catalina se divertía con esto. En el Palacio de Invierno se ve un servicio de mesa que le fué regalado por no sé quién y en cuyas piezas figuran todos sus súbditos en sus trajes típicos. Lo cual no le impedía rusificar a la fuerza, como lo hizo el resto de los zares.

Bien sabido es que éstos no lograron su objeto y que las reacciones de los pueblos libres han tenido no poca parte en su hundimiento. De 1917 a 1918, seis de estos pueblos limítrofes de las antiguas fronteras se han hecho independientes: Polonia, Lituania, Letonia, Estonia, Finlandia y los rumanos de Besarabia. Pero quedaba un considerable número de naciones, más o menos evolucionadas, encajadas en la masa rusa, incapaces de hacer un movimiento propio, obligadas a vivir en común. Entonces los Soviets emprendieron osadamente la federalización. Esto es mal conocido en Occidente, donde, cuando se habla de la Unión de los Soviets, se imagina un federalismo bastante vago, y quizá hasta una combinación maquiavélica para mejor dominar a los no rusos, o bien una construcción de orden administrativo puramente, como el modelo de los Estados Unidos de América.

Pero no hay nada de eso, es, al contrario, una federación internacional en el verdadero sentido de la palabra, y de la cual vamos a intentar traducir brevemente los principales caracteres.

La Unión de los Soviets se compone de seis Repúblicas:

La Federación Soviética de Rusia: 146 millones de habitantes.

La República Soviética de Ukrania: 29 millones.

La República Soviética de Rusia Blanca: cerca de cinco millones.

La Federación Soviética de Transcaucasia: cerca de seis millones.

La República Soviética de Usbekistán: cinco millones.

La República Soviética de Turkmenistán: un millón.

Como se vé, se trata de cuerpos de respetable volumen.

* * *

La Federación Soviética de Rusia comprende treinta y dos antiguas provincias, cuatro territorios recientemente organizados, como algunos hubieran querido ver organizar nuestras provincias de Francia, es decir, teniendo en cuenta únicamente los intereses económicos y las vías de comunicación: son los territorios del Ural, del Cáucaso septentrional, de Siberia y del Extremo Oriente. Hay que añadir cuatro territorios autónomos: los de los kalmukos, de los komis, de los moris, de los vatiakos, y once Repúblicas autónomas: las de los bachkiros, de los buriatomongoles, del Daghestan, de los yakutos, de Karelia, de los kosacos, de los kirguises, de Crimea, de los tártaros, de los tchouvacos y de los alemanes del Volga.

Algunas de estas Repúblicas son muy importantes: así, la de los tártaros cuenta dos millones y medio de habitantes; la de los bachkiros, cerca de tres millones; la de los kosacos, seis y medio millones.

Esto por lo que hace al primer miembro de la Unión.

En cuanto al segundo, Ukrania, estamos en presencia de una República unitaria de la que, sin embargo, forma parte

con el título de autónoma, la pequeña República de Moldavia..

El tercer miembro de la Unión, la República de Rusia Blanca, es unitaria.

Por el contrario, la Federación de los Soviets de Transcaucasia, cuarto miembro de la Unión, cuenta con tres Repúblicas: Azerbeidjan, Armenia y Georgía, y la primera encierra, además, en su seno una República y un territorio autónomo.

El quinto miembro de la Unión, la República de Usbekistán, es unitaria, pero tiene adjunta una pequeña República autónoma. En fin, el sexto miembro, la República de Turkmenistán, es igualmente unitaria.

* * *

De esta enumeración, demasiado seca, se obtienen dos conclusiones: la primera, que la Unión de los Soviets, a pesar del marcado predominio de los elementos eslavos (alrededor de dos tercios del total) y, sobre todo, del elemento granruso (50 por 100 próximamente del total), forma una verdadera federación internacional, como decíamos más arriba. Ha habido en ello un experimento osadamente conducido y cuyo elevado interés no podría ser bastante ponderado, tanto más cuanto que cada una de estas naciones tiene el libre empleo de su lengua perfectamente asegurado y posee escuelas, colegios, a veces Universidades.

La segunda conclusión es que no solamente se trata de una federación construída de buena fe, sino que esta federación está establecida muy empíricamente. Entre los Soviets, nadie se ha preocupado de repartir, como quiso hacerlo la Revolución francesa, el territorio en divisiones administrativas sensiblemente del mismo tamaño. El respeto de las voluntades nacionales y el cuidado de los intereses económicos ha tenido preferencia sobre la administración cómoda. En vez de razonar en abstracto y, en algún modo, geométricamente, se razona en concreto, biológicamente, si así puede decirse, y el resultado, lejos de ser ese sistema rígido que nuestra Revolución ha creado y que Napoleón ha llevado a

su más alto punto de perfección, es un sistema en cierto modo hegeliano, susceptible de cambiar, de mejorar incesantemente, en perpetuo devenir.

*
* *

Tuve una primera idea de esta complejidad y de esta inmensa libertad de juego, atravesando la República Tártara, que está situada en la confluencia del Kama con el Volga, al sudeste de Moscú. Un jefe local, el profesor Weckseline (quizá estropeo su nombre), de la Universidad de Kazán, vicepresidente de la Comisión del Plan, nos hablaba de su República. Venía de Europa, por donde había dado una vuelta. Era un tártaro puro, un rostro mongólico, de frente algo huidiza, nariz fuerte, cejas altas, ojos algo tirantes, labios gruesos y pelo negro. En su camisa de obrero tenía aire de preceptor.

Nos abrumaba a detalles y se advertía que los acontecimientos que se desarrollan desde hace trece años componían para él una maravillosa resurrección, por otra parte inesperada.

—Sesenta y siete mil kilómetros cuadrados—decía, y añadía al instante:— Más que Bélgica y Holanda juntas. Dos millones ochocientos mil habitantes—nos lanzaba, y en seguida aplastaba a Dinamarca, a Suiza, a Noruega, a Letonia y a Estonia, desdeñoso del pequeño Luxemburgo. Y siempre esta frase, con la que gargarizaba sin tino:— La República Tártara, la República Tártara.

Llevaba encima paquetes de mapas y de gráficos. Sujetábalos detrás de sí, y de pie sobre un fondo violentamente coloreado, nos golpeaba con cifras, estadísticas y porcentajes. Después, volviéndose bruscamente, nos indicaba de súbito la propiedad del marqués Paulucci, convertida en propiedad colectiva de los tártaros, especie de granja modelo. El marqués es hoy secretario particular de Mussolini. Pueden decirle que su granja va bien.

El tártaro, entretanto, continuaba: La agricultura se desarrollaba. Comenzábase a explotar los bosques, se buscaba petróleo; se habían encontrado fosfatos. Una central eléctrica estaba en construcción, y, loco de alegría, el profesor

jugaba con las decenas de millares de kilovatios y nos las lanzaba, al parecer, como balas.

Participando también, como todos los ciudadanos de la Unión Soviética, de la locura corriente, que es industrial, eléctrica, maquinista, inclinado ante el dios-máquina como sus antepasados ante Alah, aportaba al mantenimiento de la piedra tártara en el edificio soviético una pasión celosa. Le bastaba que estuviese bien clara y bien visible. Hacía a escuadra la comparación de Tartaria y de Italia. "Ambas dependen—decía—de sus vecinos." Para mi capote, pensaba yo en la cara que pondría Mussolini si oyera tal.

El profesor se quejaba de los zares y de los monjes. De los zares que rusificaban a la fuerza y transportaban a los recalcitrantes a malas tierras, de los monjes alojados en sus monasterios-fortalezas, que bautizaban a la fuerza a los tchouvacos, vueltos al paganismo después de la Revolución. "La Universidad de Kazán—decía— ha dado instrucción en cien años a doce tártaros y a cinco tchouvacos." Y cantaba su reconocimiento a los Soviets, que la habían abierto ampliamente a sus compatriotas.

Mirábamos como él los edificios, las iglesias donde, estúpidamente, los zares habían colocado bajo la cruz, para humillar más a los vencidos, una media luna boca abajo. Esas cruces subsisten aún en todas partes, pero el pueblo musulmán no se inquieta al verlas.

Cuando dejaba de hablar, unos músicos nos tocaban en extraños instrumentos, antiguos aires, ásperos y dulces, monótonos, aires de estepa, canto de pastores en que silbaba el viento de la llanura, antiguas canciones inventadas por los conductores de caravanas de camellos. Y después la de un minero y, finalmente, acompañada por el acordeón, la de protesta contra los rusos y que se cantaba a puerta cerrada o en el fondo de los bosques. Estaba prohibida bajo los zares, y hoy, bajo sus tocas rojas, la insignia soviética en la botonera, a bordo del **Karl-Liebknecht**, ante los funcionarios de los Soviets, los músicos tártaros la cantan a plena voz.

—Dos mil escuelas tártaras—nos grita el profesor.—cuatro mil estudiantes en doce escuelas superiores. Institutos químico, eléctrico, físico, agrario, musical, veterinario, forestal, y, pronto, el alfabeto latino.

Porque quieren el alfabeto latino. Los tártaros de Crimea lo tienen ya. Entusiasmado, el hombrecillo se agita, charla por los codos, vuelve sobre una idea, salta sobre otra, blande un mapa.

—La Hacienda, el Ejército, las relaciones exteriores y los transportes están en Moscú—dice.—Lo demás está aquí.

Es cierto. Tienen su Comité ejecutivo, sus ministerios locales. Se administran libremente. **Tienen su lengua y sus escuelas, su cultura y, prácticamente, en el cuadro de la gran economía socialista, su libertad.** Y sólo para placer del extranjero, cantan su canción, que envidiaba la libertad de los pájaros.

* * *

Tales son los movimientos del alma nacional entre los tártaros del Volga. Al considerar el renacimiento de este pueblo y el rol asignado a su administración libre, se puede decir que los Soviets han jugado aquí la contrapartida de los zares. **Han reducido a Rusia a lo que es en la etnografía y la lingüística, han obrado, en una palabra, como internacionalistas y no como nacionalistas; esta es la verdad.** Yo no juraría que esta actitud se mantenga siempre, pero, en teoría, se la pone como legal y, prácticamente, se la mantiene.

Comprendo que no es fácil saber exactamente todo lo que piensan estas poblaciones, muchas de las cuales son terriblemente atrasadas y, además, yo no he visto el Turquestán ni muchas otras regiones que son muy particulares. Pero es el hecho que he notado las mismas reacciones de goce nacional entre los tártaros de Crimea y los del Volga. Las mismas entre los Georgianos. Las mismas entre los Ukranianos.

Ese es un obstáculo para el retorno de los zares, para la resurrección de la Iglesia ortodoxa, o aún para el establecimiento de un gobierno republicano y democrático (género Milioukoff o Kerensky), es decir, centralizador. Les digo a los socialistas, los rusos no son sino el 50% en la Unión. Y los pueblos no rusos, aunque rechazasen a los bolcheviques, querrían mucho menos Dumas y Constituyentes que Cámaras locales, Comités, Gobiernos locales, y desearían, en suma, conservarse exactamente como están.

UNA REPUBLICA DE CONSEJOS

Se ha razonado mucho sobre los Soviets, se ha discutido mucho sobre si existían o no libertades públicas, sobre la naturaleza del Partido y sus poderes, en fin, sobre la dictadura proletaria, objeto de horror para unos y de admiración para otros. Despreciemos las etiquetas y toda la logomaquia democrática revolucionaria. Miremos de cerca el sistema, analicémoslo. Es una teocracia absoluta, templada por los Estados Generales.

Observemos, ante todo, lo que corresponde a los Estados generales, es decir, la pirámide de los Consejos. Pues **Soviet quiere decir Consejo.** Nosotros mismos tampoco tenemos escasos Consejos en Francia, y el Senado es el Gran Consejo de las Comunas de Francia. La palabra **soviet**, en sí misma, nada tiene de trágica, y sólo para los imbéciles puede ser espantajo. **La Unión de los Soviets es, pues, en definición, una Unión o República de Consejos.** Los ciudadanos activos de esta República, no sólo los comunistas, que sólo forman un núcleo, sino todos los dependientes de la Unión, hombres y mujeres, excepto:

1.° Los sacerdotes, a no ser, bien entendido, que se despojen de su carácter sacerdotal.

2.° Los comerciantes, que aquí llaman especuladores, o, si así se prefiere, los intermediarios que hacen beneficio en lo que compran y venden. No se ha podido, en efecto, aniquilar completamente el comercio privado, este comercio subsiste, pues, pero quien a él se dedica se encuentra políticamente disminuído.

3.° Todos los propietarios que no se contentan con hacer producir ellos mismos a sus propiedades y que emplean mercenarios. Estos propietarios forman en el campo el grupo de los **Kulaks.**

4.° Cierto número de antiguos oficiales y funcionarios que son sospechosos.

En los medios blancos y hasta socialistas de París se pretende que, por esto, cinco millones de hombres quedan

privados de sus derechos políticos. La cifra parece considerable; pero, aunque lo fuese, es preciso recordar que, antes de 1905, bajo la autocracia, el ruso no tenía derechos políticos, y que, incluso después de 1905, estos derechos eran bien ilusorios, sobre todo para los judíos, y que, a esta misma hora, en fin, si salimos de Rusia, todavía lo son para muchos negros en la "gran" democracia de América.

* * *

¿Por qué estos cuatro grupos son rechazados de la comunidad cívica? Porque sus miembros están en oposición de principio con las leyes fundamentales del Estado. En Francia sentamos que la propiedad es legítima y todas nuestras leyes están orientadas a la protección de la propiedad. Así encarcelamos y, llegado el caso, privamos de sus derechos cívicos a quien la niega. De igual modo se procede allí, sólo que a quien se priva de sus derechos cívicos es al sacerdote, porque el Estado es laico y se basa en una filosofía materialista. Al rentista, al patrono y al comerciante, porque su sola existencia mina los fundamentos materiales del Estado, como, por añadidura, la sola existencia del sacerdote mina sus fundamentos espirituales. Y al antiguo funcionario o al antiguo oficial, porque son una amenaza constante (en el fondo, es el caso de nuestros pretendientes a la corona) para las instituciones.

Estos parias están, poco más o menos, en la misma situación en que estaban los judíos de la antigua Rusia. No forman, no pueden formar, en las filas ciudadanas, que con toda naturalidad les rechazan como a cuerpos extraños.

* * *

En todo caso, especifiquemos bien que los hijos de estos parias no son excluídos de la escuela y encuentran en ella la misma educación que los otros. Ulteriormente pueden habilitarse y devenir obreros. Si a los quince años lo piden, son libres de tutela. Claro que esta regla puede ser, como se adi-

vina, fuente de excesos; pero acordémonos de los pequeños protestantes del siglo XVII, arrebatados a sus padres y convertidos a la fuerza.

Supongamos que a los veintiún años el hijo continúa privado de la ciudadanía. No puede hacer el servicio militar y paga, en cambio, un impuesto especial. Tampoco puede entrar en la Universidad. Esta situación es, ya puede verse, la que fué largo tiempo de los protestantes en los países latinos, de los católicos en Inglaterra y en los demás países anglosajones, de los judíos algún tiempo en todas partes.

Por supuesto, si los que están privados del derecho de voto cambian de ocupación, se hacen obreros, por ejemplo, se dirigen al Comité central, que les integra a la ciudadanía, les proletariza en cierta manera. Decíanme en Sarkov que hasta el día han sido aceptadas el 30 por 100 de las demandas. Una por cada tres. Puede parecer poca cosa. Es que en Moscú se tiene mucho miedo al sospechoso de ayer, y generalmente se le arroja a la cara el proverbio: "Lobo ayer, lobo mañana".

* * *

Estos electores, hombres y mujeres, nombran los Soviets rurales y urbanos, que hacen el papel de nuestros Ayuntamientos. Los Soviets rurales y urbanos eligen los representantes para el Comité ejecutivo de circunscripción, y los Comités de circunscripción eligen los miembros del Comité ejecutivo provincial.

Parece que los colegios de los campesinos—se comprende cuán difícil es para un extranjero informarse con precisión—son cuatro o cinco veces más poblados que los colegios obreros, lo cual permite a los obreros y a los habitantes de las ciudades tener una representación cuatro o cinco veces más fuerte de lo debido. Un medio como otro cualquiera de reforzar el poder de los bolcheviques, más numerosos en las ciudades y en los centros fabriles.

Como un anticomunista me indicase esta "injusticia", me permití responder citando el caso de nuestras circunscripciones parisienses, que van de 4,000 a 16,000 electores, según sean burguesas u obreras. "Nuestros colegios electorales—

dije—al menos los de París, están divididos para proporcionar alguna ventaja a los elementos comerciantes y rentistas, conocidos por su moderación."

Alguien se admiró. Deseando el advenimiento de la democracia, se quería que correspondiese a la justicia y a la virtud. Yo me vi obligado a insistir y a dar mi palabra de que en París, por lo menos, no hay nada de eso.

* * *

Cuando, en lugar de provincias, se trata de territorios autónomos o de repúblicas autónomas, el mecanismo es igual. Por ejemplo: hay un Comité ejecutivo para la provincia de Voroneg, uno para el territorio autónomo de los votiakos, otro para la República de Ukrania.

(Aquí abro un paréntesis para señalar la libertad y el poder de estos gobierno locales, provincia y Repúblicas). En Rostov del Don, hermosa ciudad de carácter internacional, he visto reunirse ante mis ojos el Comité ejecutivo del Cáucaso del Norte, reunión de pura fórmula, por lo demás, y donde no se trataba sino, si así puedo decirlo, de presentarnos la provincia y dar respuesta a nuestras preguntas...

Estas gentes no eran, como entre nosotros, una asamblea de vagos deliberantes, ricos de elocuencia y, a menudo, de intrigas, cohibidos, en el fondo, por la presencia de un administrador poderoso, el prefecto. Constituían el verdadero Consejo de administración del Cáucaso del Norte. Ni la menor "pose" entre ellos. Id a que os presenten a los ministros belgas u holandeses y luego me contaréis. Allí teníamos delante a los jefes de un país de 281,600 kilómetros cuadrados (casi tan grande como Italia), con una población de 8.324,800 habitantes (tanto como Bélgica y más que Holanda); pues bien, estos jefes no se tenían por la flor de la humanidad y discutían amablemente. Jóvenes la mayoría, vivos, audaces, de respuesta pronta y breve, tenían la naturalidad de ingenieros en una cátedra.

Desarrollaron un plan ante nosotros y marcaron sus éxitos, sus fracasos, calcularon sus esfuerzos pasados, presentes y futuros, sin la menor preocupación, con una punta de or-

gullo. **Seguramente se sentían controlados, lo estaban. Ante todo, por el pueblo, después por la autoridad central y, finalmente, por el partido.**

Pero el control del pueblo, si severo, pues nada es tan terrible como un campesino para juzgar a un administrador, no es permanente. Los otros dos controles lo son; pero la acción de Moscú o del partido sólo se manifiestan en caso de necesidad. Si no, el Comité ejecutivo local es el amo, aun cuando dirija a diez, veinte o treinta millones de almas.

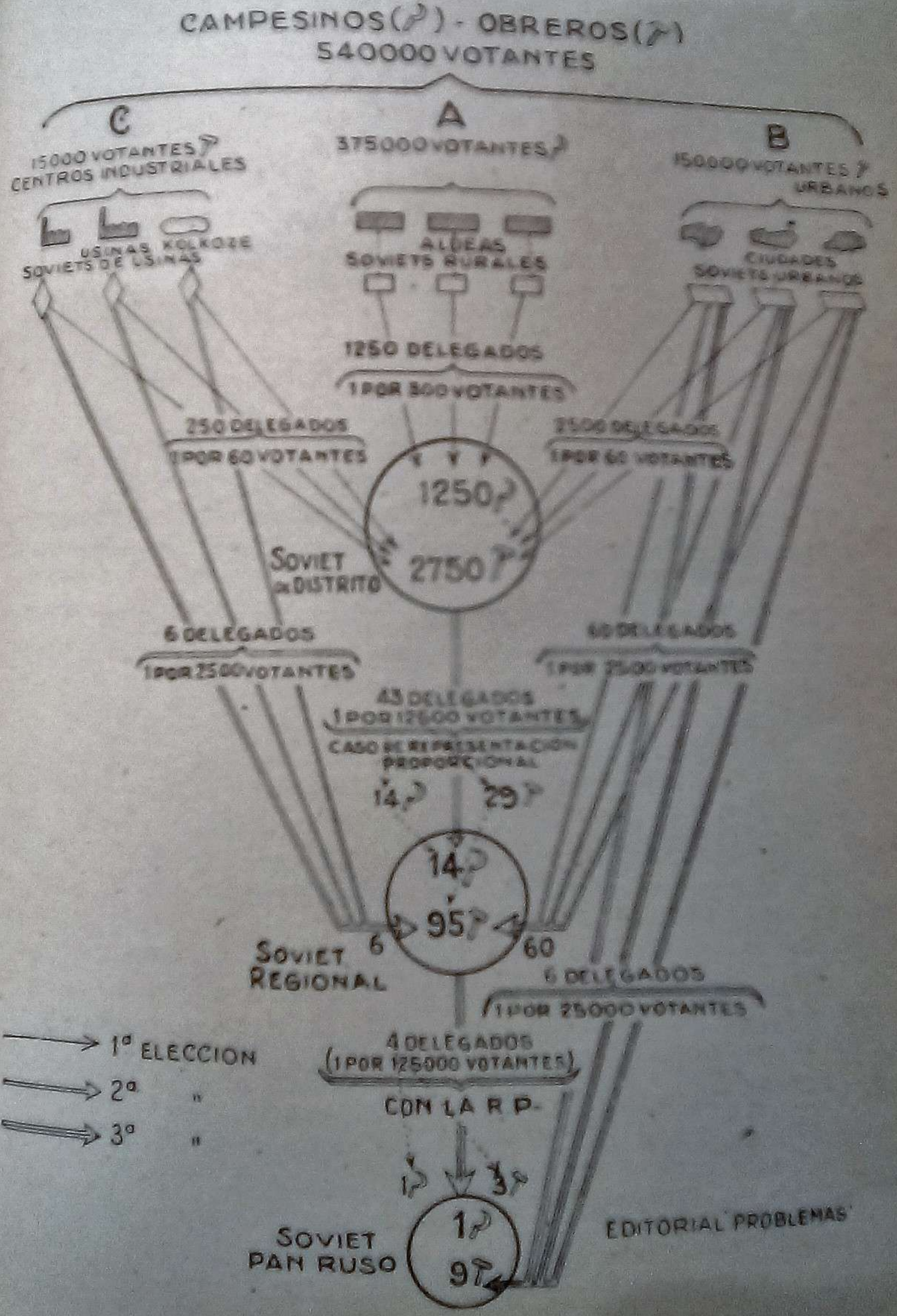
Excelente método, que nos abstrae de nuestros Consejos generales sin poder y de nuestros miserables prefectos, siempre temblorosos ante una destitución.

*
* *

Entretanto, los Soviets de toda Rusia nombran cada dos años sus delegados para el Congreso de la Unión. Esta elección, de varios grados por lo tanto, precede inmediatamente al Congreso general de los Soviets. En principio, éste se reune cada dos años y dura de diez a doce días, poco más o menos. Nada que se asemeje, como se ve, a nuestro Parlamento. Ante todo, el número de los miembros es mucho mayor: mil quinientos aproximadamente; luego, la duración de las sesiones es corta, lo que hace que entre los Soviets no se reconozca la "profesión" de diputado. Finalmente, los diputados son elegidos inmediatamente antes de las sesiones y pierden sus poderes desde que ésta termina. Excusado es añadir que el sistema del voto de gradación prohibe toda intriga análoga a las que nosotros conocemos, con esas tentativas de coacción y de compra de conciencias, toda esa engañifa organizada, esas bufonadas y charlatanerías de feria que son características de unas elecciones a la inglesa, llamadas todavía parlamentarias.

El Congreso de los Soviets bien puede no durar sino diez o doce días; él es la autoridad suprema y tiene el derecho de dictar leyes y toda especie de decretos de orden administrativo. También puede modificar la Constitución soviética. En la práctica—y el método parece razonable—no dicta ninguna ley, porque no tendría tiempo para estudiarlas y precisar

Esquema del Sistema electoral Soviético



las, y se limita a trazar las líneas principales de la política en los diferentes dominios de la vida del Estado. Esto es precisamente lo que hace, por ejemplo, para la política del partido cada uno de los Congresos de uno de nuestros grandes partidos de izquierda, porque es de notar que en Francia sólo los partidos de izquierda utilizan a fondo este método de Congresos. La cosa merece ser señalada. Y en un Congreso radical o socialista, como en el Congreso de los Soviets, las sesiones no duran sino algunos pocos días, los miembros sólo tienen poderes mientras dura el Congreso y la elección se hace inmediatamente antes del Congreso.

*
* *

Prosigamos. **La aplicación en los casos particulares de las directivas fundamentales sentadas por el Congreso de los Soviets, el establecimiento y la publicación de decretos, entran en el círculo de las atribuciones del Comité central ejecutivo de la Unión (T. S. I. K.) y de su oficina.**

El Comité central ejecutivo es el detentor del poder, tanto legislativo como ejecutivo, entre dos Congresos de la Unión. Es responsable ante el Congreso. De igual modo, los poderes locales pertenecen a Comités ejecutivos de provincia, de circunscripción o de cantón, elegidos por el Congreso correspondiente y responsables ante él. Los Comités ejecutivos de los territorios y Repúblicas autónomas gozan de los derechos de los Comités ejecutivos provinciales. Además de deliberar en su lengua nativa (lengua que, por lo demás, se emplea en todos los dominios de la vida pública), tienen el derecho de adaptar a las particularidades nacionales las medidas tomadas por las autoridades centrales.

El Comité central ejecutivo se compone de dos Consejos: el Consejo de la Unión y el Consejo de las Nacionalidades. El **Consejo de la Unión** comprende más de cuatrocientos miembros elegidos por el Congreso de los Soviets proporcionalmente a la población de cada República. El **Consejo de las Nacionalidades** sólo cuenta ciento treinta y un miembros, y cada República, unida o autónoma, envía a él cinco representantes. Mientras los rusos tienen doscientos

miembros en los cuatrocientos del Consejo de la Unión (teniendo incluso alrededor de trescientos la Federación Soviética de Rusia), sólo tienen cinco miembros en los ciento treinta y uno del Consejo de las Nacionalidades. **Dueños del primero, casi no existen en el segundo, cuyos representantes son designados por los órganos supremos de las Repúblicas y territorios unidos o autónomos,** con vista a que las designaciones sean aprobadas por el Congreso de la Unión.

Ahora bien, estos dos Consejos gozan de derechos iguales. Cada proyecto de ley o de decreto, para tener fuerza de ley, debe ser adoptado por mayoría de votos en uno de los dos, y entonces vale como expresión de la voluntad del Comité central.

El Comité central ejecutivo no está constantemente reunido, pero sí tres veces, al menos, por año, en sesiones de **corta duración. Su órgano permanente entre sesión y sesión es el "proesidium": se compone de veintiún miembros y es responsable ante el Comité central.**

Añadamos que los presidentes de los Comités centrales ejecutivos de las seis Repúblicas unidas son, uno después de otro, presidentes del despacho del Comité central ejecutivo de la U. R. S. S.

* * *

El Comité central ejecutivo ha hecho, pues, leyes y dado decretos, precisando así actos políticos cuyas directivas habían sido indicadas por el Congreso de los Soviets. **Ahora va a elegir doce comisarios del pueblo, que tendrán a su cargo el gobernar según esas directivas y que aplicarán esas leyes y esos decretos. Estos comisarios que deliberan reunidos, forman el Consejo de los comisarios del pueblo de la U. R. S. S., que se compone, pues, de un presidente, un vicepresidente y diez comisarios, y que corresponde a nuestro Consejo de ministros.** Todos son responsables ante el Comité central ejecutivo, emanación, por su parte, del Congreso de los Soviets. **Todos son asistidos por un Colegio consultivo de varios miembros. Cinco de ellos cumplen funciones tales que rigen los asuntos de toda la Unión.** Son los comisarios de Relaciones Exteriores, de Guerra y de Marina, de Comercio, de Vías

de Comunicaciones y de Correos y Telégrafos. Los otros se contentan con regir en sus departamentos respectivos los asuntos de la Federación Soviética de Rusia y vigilan solamente y controlan los asuntos de las otras cinco Repúblicas unidas, que son regidas por comisarios del pueblo locales. Son los comisarios de Hacienda, del Trabajo, de Inspección Obrera y Campesina y los que forman el Consejo de Economía Nacional.

Finalmente, para ciertos otros departamentos (Agricultura, Interior, Justicia, Instrucción Pública, Higiene, Seguros Sociales) las Repúblicas unidas gozan de absoluta autonomía.

A este Consejo de los comisarios del pueblo puede unirse la O. G. P. M., que nosotros llamamos Gepeú, órgano encargado de combatir la contrarrevolución, el espionaje, el bandidismo, ciertas formas de especulación, y que puede ser definido: nuestra Seguridad general, duplicada de un Comité de vigilancia, pero con los poderes de un verdadero ministerio.

* * *

Así, pues, si nos hemos explicado bien, teóricamente, el poder viene de abajo, puesto que, lo repito, el ciudadano elige el Soviet de aldea, que elige el de circunscripción, que elige el de provincia, que elige el Congreso de los Soviets, que elige el Comité ejecutivo, que elige su "Procsidium", que elige el Consejo de los Comisarios del Pueblo. El todo, partiendo del pueblo, debería terminar en el presidente de los comisarios del pueblo (Rykov, cuando yo estaba en Rusia), como entre nosotros en el presidente del Consejo. Y puede decirse que, en apariencia, la identidad es absoluta. Hasta puede hacerse la comparación entre Kalinin, que es presidente del Congreso de los Soviets, y M. Doumergue, elegido por las dos Cámaras reunidas. Todo esto constituye algo como una democracia, y es lo que yo llamo sus Estados generales.

Pero miremos mejor. Esta democracia se inclina ante una potencia que le es superior: estos Estados generales no tienen más poder que los de 1614 ante el joven Luis XIII. Hasta ahora no ha aparecido el verdadero amo. Esta estructura política no es, en algún modo, sino un esqueleto, o, si se prefiere, una anatomía humana que ahora se trata de vitalizar. El

soplo vital, el tono vital, va a darlo el partido; por él va a moverse este gran cuerpo, y esta sola observación basta para probaros que él es el amo y quien hace jugar a todos estos figurantes o, mejor, quien fija, permaneciendo en la sombra, todos los ritmos de este juego.

* * *

El soberano es el partido.

Para ser elector no es necesario, naturalmente, ser del partido. Ni para ser miembro de Soviet local. Ni para ser miembro de los Comités ejecutivos de circunscripción y de provincia. Ni para formar parte del Congreso general de los Soviets. Más aún, entre los miembros del Comité ejecutivo central, casi un tercio no son del partido. Esto parece mucho y no es nada, si queremos recordar que el partido cuenta, a lo más, un millón de miembros, o sea, un ciento cincuentavo de la Unión. Prácticamente se ve ya la importancia que toma el partido en todas estas elecciones. Nada importa que no tenga la unanimidad de los dirigentes, puesto que siempre tiene la mayoría.

Por lo demás, desde que se llega a los grados superiores, "Proesidium", Consejo de los comisarios del pueblo, la cosa cambia. Todos los miembros del "Proesidium", todos los comisarios del pueblo pertenecen al partido.

Tanto—he aquí la observación esencial—que todos los comisarios, todos los miembros del "Proesidium", están sometidos a la autoridad del secretario general del partido, el cual es Stalin, que tiene todos los poderes para borrarles, llegado el caso. Ahora bien, todo borrado es hombre muerto. La Constitución soviética no exige, a decir verdad, que los miembros del "Proesidium" o los comisarios del pueblo, sean del partido, pero tal es la costumbre, y el hecho de ser borrado del partido priva, repitámoslo, prácticamente a un hombre de todo poder.

* * *

Así es como Stalin llega a ser el verdadero jefe de la Unión de los Soviets. Por lo demás, sería preciso no dejarse engañar por la palabra jefe. Nada de parlamentario en esa situación. Desde los tiempos en que Lenin acumulaba las dos funciones le ha ocurrido con frecuencia encontrarse en minoría, tanto en el seno del partido como en el Consejo de los comisarios del pueblo. Le ocurrió especialmente, en varias ocasiones, en 1918, durante los tratados de Brest-Litowsk, después de la ruptura y en el momento en que se presentó la cuestión de saber si se resistiría o no. Llegó a ocurrirle hasta ser el único de su opinión en un voto importante.

En tales casos, por lo demás, se inclinaba. Pero los bolcheviques o los socialistas revolucionarios, que colaboraban entonces con ellos, jamás concluyeron, de uno de estos casos, que fuese necesario que Lenin abandonara uno de los dos puestos, donde él era, con toda evidencia, el hombre necesario, imposible de reemplazar.

*
* *

El partido poseé un aparato administrativo (comisión permanente, etc.) análogo al que existe en todos los grandes partidos occidentales, y se divide en tendencias que se dan regularmente batalla en el Congreso de los Soviets, en el seno del Comité central ejecutivo y en los Congresos del partido, en el Politburó mismo. Desde 1917 estas tendencias nacen, mueren, se entrecruzan (Bujarin, por ejemplo, jefe hoy de la tendencia de derecha, era en 1917 representante de la izquierda). Así es como, después de haber sido eliminados de la vida política los otros partidos, todavía comprende el partido una oposición. Pues debe saberse que en todo el territorio sometido al poder de los Soviets no sólo no existen ya cadetes, socialistas revolucionarios de derecha, mencheviques, es decir, ninguno de aquellos contra quienes se hizo la revolución de octubre, sino que ni siquiera existen—al menos en actividad—socialistas revolucionarios de izquierda, es decir, quienes contribuyeron con los bolcheviques a hacer la revolución de Octubre y colaboraron con ellos hasta la paz de Brest Litowski.

Añado que, al contrario de lo que pasa en Occidente, se trata de una oposición interior, pues en presencia del adversario, el partido debe presentar un frente común, lo mismo que, una vez cerrada la discusión, debe reconocer un solo jefe, encargado de asegurar la ejecución de las voluntades de la mayoría.

* * *

Hablando en general, a la hora presente las tendencias pueden clasificarse así:

1.° Una tendencia Stalin.
2.° Una tendencia Bujarin (de derecha).
3.° Una tendencia Trotzky (de izquierda).

Pero Stalin no teme gran cosa de estas dos oposiciones, pues dispone de una organización administrativa de ejecución, de vigilancia y de combate que le hace prácticamente invulnerable. Bien se vió cuando Trotsky, dándose cuenta del valor de las armas de que disponía su adversario, tentó la constitución de otro aparato de igual potencia contra el aparato staliniano.

Después de algunas escaramuzas, el aparato de Trotsky fué destruído. Desde el campo de Trotsky se lanzó la acusación de dictadura; pero es bien difícil, confesémoslo, gobernar en Rusia de otra manera, y el mismo Trotsky no hubiera vacilado de ahogar a sus enemigos entre dos puertas, si hubiese podido.

Con todo, Stalin mismo, por política o por coquetería, se guarda de llevar a Trotsky al extremo. Le ha desterrado, le vigila; pero no ha desbautizado la ciudad que lleva su nombre ni las calles, avenidas y cuarteles Trotsky. **Se puede hablar del líder de la izquierda en la calle y discutir, al menos en casa de cada cual, sobre el caso dramático de este hombre de fuego, sin verse**—como en Occidente se hace creer demasiado—**obligado a prestar el oído a los pasos del espía.**

Pienso en nuestros abuelos, que sacaban a Mirabeau del Panteón para enterrarle en el cementerio de Clamart, sin poner ni una piedra sobre su tumba; en Marat, arrojado al río; en todos esos jefes jóvenes que fueron presa de la muerte. Después de todo, ahí está Milinkof, ahí está Gutchkoff, ahí

está Kerensky. Lenin murió en su lecho, Trotsky vive, Rakowsky vive, Bujarin vive, la mayoría de los jefes mencheviques y socialistas revolucionarios está viva. Un punto más en que la revolución rusa no se parece a la nuestra: no devora a sus hijos.

UNA ORDEN DE CONSTRUCTORES

El partido constituye, pues, una aristocracia directora. Su papel consiste en dejar perfecta la obra, cornando toda esa pirámide.

Esta aristocracia no está basada sobre la sangre, como la de nuestro antiguo régimen, ni sobre la riqueza, como entre nosotros: quiere estarlo sobre los servicios prestados, sobre la fuerza de la razón y también sobre el sacrificio, o sea, sobre la virtud.

El partido representa, digo, los servicios prestados, los sufrimientos soportados con ánimo constante, el destierro, la prisión. Está completamente atestado de los penosos recuerdos de los tres últimos siglos zaristas, para no hablar sino de ésos. Id al Museo de la Revolución, hundíos en esta balumba de fotos, de cartas, de documentos, periódicos clandestinos por encima del cual flota un vaho de sangre. Del muro penden cadenas, entre paños rojos. Los retratos de los ahorcados os persiguen de sala en sala. La misma impresión en el Club de los antiguos detenidos políticos. Se nota que la larga miseria soportada bajo los zares ha edificado para estos hombres el trampolín desde donde no podían sino saltar al poder.

Que los bolcheviques se lo hayan atribuído todo en el asunto; que los socialistas revolucionarios hayan, durante los treinta o cuarenta años que precedieron a la Revolución dado, quizá, más que ellos; que hasta muchos de los que sufrieron en su compañía bajo los zares sufren hoy bajo su régimen, y por su mano, conformes, pero todo esto no impide que su partido, por una injusticia de la suerte, si es

quiere, esté nutrido de los sufrimientos pasados y los represente a los ojos ingenuos de los pueblos de la Unión.

*
* *

Por lo demás, mejor que los sufrimientos pasados, el partido representa la audacia de los que hicieron la revolución. El partido es la fuerza de la razón, decía yo hace un momento. Mejor aún: es la fe, el entusiasmo, la furia revolucionaria y también la inteligencia y la actividad. ¿Acaso se cree que el plan quinquenal pueda proseguirse fácilmente con este gran perezoso que es el pueblo ruso? Porque los obreros rusos no son los obreros de Saint-Denis o de Billancourt. Y los campesinos rusos no son nuestros campesinos. Ni mucho menos. Entre nosotros, los selectos forman un verdadero patriciado obrero y rural. Allí una plebe. Pues bien, el partido es la levadura de esta masa. Algunas veces hace marchar el rebaño a latigazos; pero es que, justamente, no se trata sino de un rebaño. (Y no se crea aquí en perfeccionamientos románticos. No. El ruso es un ser gregario, y el material humano es allí atrozmente grosero y de baja calidad).

El partido representa también el espíritu de sacrificio. Y en este punto sólo puede establecerse la comparación con los monjes de los primeros siglos, que desbrozaron la Galia y dirigían o hasta dominaban a la población. Dejado aparte el elemento religioso, hay en ambos casos verdadero monaquismo y verdadero espíritu teológico, establecimiento de una jerarquía soberana por encima de una masa análoga a la piedra bruta, victoria de una orden provista de doctrina, de método y de disciplina. Es preciso no ver a estos nuevos desbrozadores, a estos constructores de puentes, fundadores de ciudades, sino en figura de consagrados, de puros, iba a decir de levitas, y que, bien entendido, pueden ser, deben ser unos sacrificados.

*
* *

Un ejemplo hará comprender esto. Ciertos especialistas ganan 500, 800, 1,000 rublos mensuales. Un obrero hábil

gana de 150 a 200 rublos. El miembro del partido, quienquiera que sea, no puede recibir más de 300 rublos. Si logra algún otro beneficio (artículos, lecturas en las Universidades) da a la caja del partido del 25 al 40 por ciento de este beneficio.

Y, naturalmente, paga, como los demás, sus impuestos en proporción a sus ganancias. Verdad que para ciertos funcionarios hay gastos de representeción, como entre nosotros; pero en Francia se cobran esos gastos y, después, si se emplean o no, es asunto privado. **Allí todo marcha por las bridas.** Un funcionario tiene derecho a un automóvil: se sirve de él y el Estado paga. En otro sitio cobraría una indemnización y él se las compondría. La diferencia es visible. Esto significa que **para el miembro del partido no hay escapatoria. Es pobre por definición y pobre tiene que ser.**

No es eso todo. Mientras el obrero tiene la jornada de siete u ocho horas, los miembros del partido y, sobre todo, **los funcionarios superiores están obligados a trabajar sin** limitación de tiempo. **Forman así un grupo aparte que dispone evidentemente de ciertas prerrogativas y que, en especial, tiene todo el poder, al menos todo el poder real, pero que debe dar ejemplo de desdén por el dinero.**

Hablábamos de monjes hace un instante. Antaño los monjes pronunciaban tres votos: de pobreza, de castidad y de obediencia. Prácticamente, los comunistas pronuncian hoy el primero; en cuanto al tercero, sabemos que son jesuitas, rojos si se quiere, y sometidos—voluntariamente, por lo demás— "perinde ac cadaver". En cuanto al segundo, ya se sabe que los comunistas no tienen ese curioso horror a la carne que corre por el fondo del alma cristiana; pero, además, a ellos no se les presenta el problema de elegir entre el amor y Karl Marx. En otros términos, **la mujer no ejerce sobre ellos imperio espiritual. Para el monje cristiano la mujer es el diablo**; para ellos es, fuera de la cama, que por cierto no es de plumas, un buen compañero.

*
* *

Ya se ve que se harán chistes a propósito de la habitación de éste y de los gastos suntuarios de aquél. Pero, para

tranquilizar a los burlones hay veinte historias, con nombres y todo.

Para no decir nada del chaquetón lustroso de Lenin y la extrema simplicidad de su existencia, ya en el Instituto Smolny, ya en el Kremlin, id a ver a Stalin en ese mismo Kremlin, o pedid una entrevista al grueso Litvinof, que es el hombre peor vestido de la tierra, al mismo tiempo que uno de los más finos diplomáticos que hay. Todos son así. Cuentan que Ozerchniski, antes de la revolución, cuando estaba desterrado a Siberia, se negaba toda superfluidad para endurecer su cuerpo y forjarse un alma de fuego. Yo recuerdo haber visto un director de gran trust, que manejaba decenas de millones de rublos y pertenecía, además, aunque revolucionario desde su juventud, a una gran familia, liar su cigarro, un día que no tenía ni un céntimo, con papel de copiador de cartas. Cobraba 300 rublos mensuales él también, y sus colaboradores tenían casi tanto como él. Pero no por eso sufría su autoridad. En esta extrema simplicidad, tan próxima a veces al desaliño, puede verse una falta de mesura y recordar que si nuestro Robespierre vivía simplemente en una habitación, todavía era gracias a un patrón carpintero, que le acogió en su casa, donde le daba buen trato, que se le conocían algunos adornos en su habitación y que, por añadidura, cuidaba su presentación y se empolvaba los cabellos.

Sin duda; pero lo que se olvida es que estamos en Rusia, país de la especulación, de la superchería, del despilfarro, del nepotismo. Una reacción constante y violenta es necesaria para prevenir o para equilibrar este abandono del alma asiática. Una armada de consagrados y de pobres, que depure sin cesar su tropa, pero siempre hacha en mano, he aquí el único contrapeso que puede impedir a la vieja Rusia volver a la fosa de barro en que la vimos antes de 1917.

Confesémoslo. En esta pobreza voluntaria, por no hablar sino de ella, hay una ruda fuerza, y es preciso maravillarse de que estas reglas estén vivas trece años después de la Revolución. Entretanto, todos los jóvenes miembros del partido que en 1917 eran todavía unos niños, viven según estas reglas, monacalmente, en suma.

Ellos son (ellos y ellas) quienes forman esas juventudes comunistas, esos komsomols, cuya acción se siente en las fá-

bricas, en los campos, en la calle, que ayudan a administrar, a instruir al niño o al adulto, a levantar al herido o al borracho, que buscan al niño abandonado, que sirven para todas faenas y están gozosos de ello, y que, con todo, encuentran tiempo para emplear una hora en hacer la instrucción, fusil al hombro, pues, en suma, también puede serles necesario ayudar al ejército. Joven pasión que refuerza a la otra, inyecta sangre nueva en las viejas arterias del partido.

Numerosos observadores han visto perfectamente esto, y, por lo demás, no es difícil verlo: basta abrir los ojos. ¿Por qué asombrarse? ¿Es que ocurre de otra manera en Francia? En casi todos los partidos, grupos, círculos, iglesias, se encuentran puros, consagrados, que lo hacen todo, que están siempre en movimiento, devorados de entusiasmo y de la necesidad de sacrificarse, prestos a dar de cabeza contra un muro. Y cuando el oportunista le vence, el partido, la Iglesia o el grupo agoniza y, en seguida, muere.

Volviendo a nuestros hombres, se exige de ellos que den ejemplo en todo. Durante la reciente guerra chino-rusa, los comunistas marchaban a la cabeza, delante de la línea, para enseñar a los demás a morir. Parece que tal es la costumbre. Nadie se asombraba.

Como los comunistas no son bastante numerosos para encuadrar ciento cincuenta millones de hombres, ha sido formado, tras este cuerpo de oficiales, un cuerpo de suboficiales, y, tras el partido, brigadas de choque, compuestas de miembros del partido, pero también de simpatizantes.

Llámanlos también "la activa" en ciertas escuelas e fábricas. Los miembros de las brigadas de choque se encarnizan en el trabajo, no pierden un minuto, no se permiten un cigarrillo en la fábrica, no se emborrachan.

Son—siempre el mismo sistema, ya puede verse—modelos, ejemplos vivos. Y su recompensa es sencilla: "Yo soy miembro de una brigada de choque". El espíritu de sacrificio tan fuerte en el corazón del hombre, el espíritu de superioridad también, el orgullo, si se quiere, son así tenazmente cultivados por gentes que no por haber hecho sus estudios de psicología en condiciones un poco particulares dejan de ser excelentes psicólogos.

La conclusión ya se adivina, es que **la autocrítica está, en el partido, extremadamente desarrollada. Cada cual se mira, se vigila, se dice sus cuatro verdades. Exactamente como en una Iglesia, una Orden monástica, donde la culpa de uno cae sobre la Iglesia o la Orden. En las reuniones, la vida de cada uno debe ser un libro abierto en que el vecino pueda leer, y leer en voz alta.** El "vodka" de éste, las dos habitaciones de aquél, la brutalidad de tal otro, la pereza del cuarto, todo sale allí. El acusado escucha, se levanta, se defiende, confiesa, execra su culpa, a veces responde con un ataque. Y no se piensa en una república de camaradas. En el partido todos se tutean, como entre nosotros en la Cámara, pero no es el mismo tuteo pueril y un poco vulgar. Camarada, sin duda; pero la acusación es un deber de camarada, no lo olvidemos.

*
* *

La autocrítica sobrepasa frecuentemente, por lo demás, los cuadros del partido. Hay, a veces, en los "cines" una sesión consagrada precisamente a la crítica. Muy inteligentemente compuesto, el programa subraya sin piedad los errores cometidos, y con frecuencia, por los jefes; pero también por el personal, por la masa proletaria misma. Muestra los obreros que fuman en la fábrica, los que callejean y hacen Soviet en vez de trabajar, el miembro de una brigada de choque que se entrega al contrabando de **vodka**. Acumula ante los ojos del público, en montones inmensos, en montañas de chatarra, las pifias de tal fábrica, de tal otra. Y los textos entre dos imágenes. "¡Vergüenza a éste! ¡Vergüenza a aquél! ¡Por la incapacidad de tales o cuales hemos perdido millones! ¡miles de millones!" Y, al fin, las palabras se agrandan, de segundo en segundo, os caen encima como caballos al galope, hasta chocar con vosotros: "Por culpa de los burócratas y de los oportunistas."

Intentad un momento señalar en Francia por medio de la pantalla los errores de ciertas producciones, intentad estigmatizar la acción de ciertas Sociedades o Compañías, del Gas, de la Electricidad, de Ferrocarriles, intentad atacar a los empleados de tal o cual servicio del Estado, y ya me diréis....

He aquí otro ejemplo de autocrítica que volverá a encontrarnos en el capítulo de las fábricas, pero que subraya también la influencia del partido. En todas las fábricas se ve a la puerta, un gran cuadro, especie de publicación del trabajo y de sus resultados, con el nombre del jefe debajo y por encima, según el éxito que las cifras indiquen, se pinta un avión, una locomotora, un asno, un caracol. ¿Se entiende, no? Tal servicio marcha al paso de un avión, tal otro al paso de un caracol. Y se ve a través de esto la cara gozosa o malhumorada del jefe del servicio. Notad, por otra parte, que los trabajos defectuosos son expuestos friamente en el interior de los talleres, en ciertas fábricas, con el nombre de los responsables.

En Moscú, cubriendo la fachada de un inmueble, un gran lienzo muestra los progresos de la Unión en los dominios del petróleo, del carbón, del trigo, de los transportes, etcétera... Allí también el avión, la locomotora, el asno y el caracol sirven de imágenes. Si mal no recuerdo, los figurados por el caracol son los transportes. ¿Se ve entre nosotros al soberano, cualquiera que sea, obrar así? ¿Oís estallar la indignación en el Ministerio de Trabajos Públicos? Allí, el comisario de Trabajos Públicos calla. Nada tiene que decir, no tiene sino que hacerlo mejor. Sistema que bien vale las críticas demasiado amistosas o francamente injustas de nuestros periódicos.

De aquí el desarrollo de un espíritu cívico que las escuelas hacen nacer, que las Facultades, cuarteles, "cines", teatros, etc., mantienen y que surge a santo de cualquier cosa frecuentemente de la más inesperada manera del mundo. Los excesos se ven; la vana curiosidad, el orgullo desplazado la envidia también. El orgullo es con frecuencia pueril, estando persuadido el menor ciudadano de los Soviets hoy día de que la comunidad en que vive es la mejor organizada del mundo, y de que el Occidente, incluso desde el punto de vista de la técnica, no tiene sino modelarse sobre él, lo cual es la cosa más graciosa que se pueda imaginar.

No es raro que el extranjero sea acogido en las fábricas con tranquilo desprecio. Más de una vez nos han presentado en los campos:

—Pero, ¿cuándo haréis la revolución?

O, más sencillamente, hablando a un intérprete, ante uno de nosotros que conocía bien la tierra rusa, un campesino nos señala con el dedo:

—Diles que se apresuren. Van a quedar retrasados.

Desprecio profundo que un día vi traducido muy a lo vivo por una joven comunista que, después de haberme confesado que quería ver París, saltó, como si hubiera pisado una víbora:

—Pero quedarme allí, jamás.

¡La Babilonia moderna, pensaréis!

El desprecio, que en este caso estaba curiosamente mezclado con repugnancia, procede en parte de un magnífico desconocimiento del Occidente. En este punto el ruso sigue siendo lo que fué siempre. **Mas, volviendo al espíritu crítico, que a menudo se reduce, como puede verse, a un doble amor al régimen y al suelo, estrechamente mezclado, los Soviets son prudentes alimentándole, incluso llevándole al exceso. Pues es la columna vertebral de este gran imperio, de este cuerpo demasiado blando. Las almas de mercader de tapices son numerosas en Oriente,** y las concusiones, nepotismos, especulaciones y otros desórdenes no han cesado con el régimen de los zares. Sin hablar de la pereza o, si se quiere, de la lentitud, que no es quizá sino una forma de la alegría de vivir, pero que, como buena planta indígena, pulula en el país de los abedules y de la **balalaika.**

¿Qué hace este partido para gobernar?

Por una parte, forma un bloque dentro del cual las consignas se transmiten con rapidez y que obra siempre en conjunto y bajo la impulsión de una fuerte autoridad. Además, obra en todos los grados de la jerarquía. La acción de Stalin sobre los comisarios del pueblo o sobre el **Procsidium** se embotaría pronto si no estuviese apoyado por un millón de hombres que obran, no sólo sobre los diversos Comités ejecutivos, sino también sobre el menor soviet de fábrica o de aldea.

Este millón de hombres está esparcido por toda Rusia, pero los miembros del partido abundan sobre todo, en las ciudades, en los centros industriales y en los Comités, verdaderos ganglios de este sistema nervioso.

No se les distingue, no se sabe quiénes son, y esto es lo

que hace decir que en Rusia se está continuamente vigilado.

Pero pensemos que nosotros mismos, teóricamente, estamos siempre bajo la mirada de la ley. Nuestras cartas pueden ser leídas, y a veces lo son; nuestras conversaciones telefónicas mismas están a disposición de los escuchas. Y, además, falta saber si no será bueno para el comunista sentirse así vigilado continuamente. El cristiano que se cree bajo la mirada de Dios cumple sin desmayo. Así se forjan las almas.

Naturalmente, la población está sometida a la misma vigilancia, bien que menos activa. Así es raro oir despotricar contra el Gobierno. Recuerdo que un día, en Moscú, oí a una inspectora de tranvía alzarse contra los extranjeros, a su parecer demasiado bien vestidos. Y luego, arrebatada por la cólera, añadió palabras de esas, naturales a los pobres, sobre la dificultad de ganar el pan y la miseria del pueblo. Un funcionario soviético estaba con nosotros. Intervino:

—Vuestro número, camarada.

La camarada palidece, intenta discutir, pero hubo de humillarse y dar su número. Y bien puede ser que a la hora en que escribo pertenezca al gremio de cesantes.

* * *

En el orden político esta acción casi invisible, culmina sin embargo, en la elección de un Congreso de los Soviets favorable al aparato del partido y al triunfo de la tendencia representada por el secretario general. Combinación de las elecciones y de una dictadura ejercida por una aristocracia política a la cual se rehusan sistemáticamente las pequeñas ventajas del poder, para no darle sino el poder a secas.

Precisemos que si el partido cuenta alrededor de un millón de miembros hoy día, en la Conferencia panrusa de abril de 1917 eran 80,000 En el IV Congreso en Julio de 1917, se contaban 177,000; en el VIII Congreso, Abril de 1919, 314,000; en el IX Congreso, Abril de 1920, 612,000.

El reclutamiento ha sido siempre extremadamente severo. En 1919 se hizo una buena hornada, pero fué cuando Denikin había tomado a Orel, a 350 kilómetros de Moscú, y Yudenitch alcanzaba los arrabales de Petrogrado y los Soviets

estaban en peligro de muerte. Entonces todos los que pedían el ingreso en el comunismo no podían ser sino fieles, puesto que escogían deliberadamente la muerte. Todos fueron admitidos.

—Todo esto está muy bien—dicen los adversarios de los Soviets;—pero, ¿dónde está, a todo esto, la dictadura del proletariado?

Y repiten la famosa frase: "dictadura sobre el proletariado", continuamente.

Es claro que, para mejor afianzar su autoridad, los Soviets han hecho entrar numerosos miembros del partido en los ministerios y en las funciones públicas, en las Secretarías de Sindicatos, etc., tanto que se ha podido hablar de la tiranía (o de la autoridad) de un puñado de funcionarios.

Pero, ante todo, se erraría creyendo que se trata de M. Lebureau, en mangas de hule y sobre su sillón de cuero, tal y como Courteline lo ha inmortalizado. No; los jefes locales, según los he visto yo, el director de las fábricas de Stalingrado, el de la granja de Verblud, el de la Comuna de trabajo, cerca de Moscú, tres o cuatro funcionarios cuyas imágenes veo alzarse en mi memoria, secretarios, intérpretes, ingenieros, agentes técnicos, oficiales, periodistas, hombres de laboratorio, hasta directores de museo, todos estos organizadores que se ven en las oficinas, cigarrillo en los labios, o en las obras, con los pies en el barro, no son M. Lebureau. Jefes o nó, todos apóstoles. He aquí el primer punto. Y esto cualquiera que sea la tendencia.

* * *

Además, sin querer decir nada de la actual barbarie campesina, es preciso darse perfecta cuenta que en 1917 era harto peor. Entonces el 70 por 100 de la población masculina era analfabeta, y, sin duda, se puede ser ignorante y de buen sentido; pero en la ignorancia hay grados. En el caso extremo, un **mujik** podía quizás responder a esta pregunta: "¿Quieres que haya zar o nó?" Pero pensar que podía escoger entre programas tan complejos y confusos como los de los partidos políticos actuales, que podían optar por o contra

el marxismo, por o contra la democracia burguesa, a fin de por un movimiento no sólo instintivo, sino hecho a fondo, es el mayor disparate que se pueda imaginar.

Como quiera que sea, es preciso notar el singular desprecio en que los hombres de aquí tienen a la democracia. Esta palabra pone en sus labios ya una sonrisa maliciosa, ya un rictus que no presagia nada bueno. Espontáneamente la llaman ídolo burguesillo. Otro ídolo es el pacifismo. Ellos nos ven de rodillas ante estos dioses. Y no son más devotos de la francmasonería, que para ellos es de origen y de temperamento burgués y hasta pequeñoburgués (ya se nota el matiz), y rechazan a los francmasones casi como a los papas.

Constitución, Parlamento, parlamentarismo, son igualmente palabras que tienen por vacías de sentido y de las cuales se burlan de lo lindo. Si me permito indicarlo es porque siempre se puede temer que viajeros procedentes de entre nosotros se pongan a hablar de todo esto, arrastrados por el hábito... Pues debo decir, con toda sinceridad, que jamás he visto reir como entre los Soviets cuando se pronuncian estos vocablos, tan cargados, para los franceses, de sentido preciso y de multitud de recuerdos. No se han pronunciado las dos primeras sílabas de la palabra democracia y ya las gentes se tronchan literalmente. Lloran de risa hasta los más tontos. Como los niños el solo nombre de Polichinela o de Gribouille. De donde debe concluirse que esto es cosa de educación y que han sido aleccionados para esta risa y este desprecio.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA

Imp. "Carnet Social". — Morandé 630, Santiago

"CUADERNOS INTERNACIONALES"

EN PRENSA:

"*Marxismo*", por Sammy Béracha y Arturo Labriola

"*Las etapas del Sindicalismo*", por Gustavo Rodrigues

"*El Silabario Ruso*", por Lunacharsky

"*La Internacional Comunista*", por Trotsky

"*El Hombre Económico Moderno*", por Werner Sombart

"*Fundamentos del Socialismo*", por Alberto Aballos

"*Cómo Fracasan las Revoluciones*" por Georges Arnaud

"*Organización Económica de Dos Continentes*" (*Eurafrica*), por Georges Valois

"*El Proceso de los Industriales de Moscú*", por Bernard Savigny

"*El Sindicalismo Revolucionario*", por Eduardo Berth

"*La Evolución del Proletariado*", por Gustavo Rodriguez

"*Alemania 1931*" por Rudolf Leonard y Paul Louis.

"*El Plan Quinquenal y los Caracteres de la Economía Soviética*" por Arturo Labriola

Editorial "Problemas"

Los "CUADERNOS INTERNACIONALES" se venden en las Librerías, Escuelas Universitarias, Bibliotecas, y en diversos puntos de difusión. Aparecen los VIERNES

Precio Único: 60 centavos cada ejemplar.

Para referencias y suscripciones, dirigirse a

GREGORIO GUERRA, Casilla 2465, Santiago

En circulación:

N.o 1 *"Stalin y el Régimen Capitalista"*, **por Georges Valois**

N.o 2 *"La Querella de las Generaciones"*, **por Pierre Dominique**

N.o 3 *"La Racionalización Marxista"*, **por Sammy Beneito**

N.o 4 *"El Sindicalismo de los Técnicos"*, **por Gaston Sauvebois.**

N.o 5 *"El Plan Quinquenal y la Crisis Mundial"*, **por Roger Frank**

N.o 6 *"La Quiebra del Fascismo"*, **por Pietro Nenni**

N.o 7 *"El Plan Hoover y la Crisis Alemana"*, **por John Bethell**

N.o 8 *"El Oro y la Crisis Mundial"*, **por Jorge Borin**

N.o 9 *"Las Masas y la Política"*, **por Lucien Romier**

N.o 10 *"El Nuevo Estado y la Edificación Económica Rusa"* **por J. Stalin.**

N.o 11 *"El Destrozo de la India"* **por Kshama Row.**

N.o 12 *"Organización y Constructores de Rusia"*, **por Pierre Dominique**

Los Cuadernos N.os 1, 2 y 3 agotados.

Apareció, *2.a Edición* del N.o 1.

Los Cuadernos agotados, más los que estén por agotarse, serán reimpresos.